

PASIONES MUDAS

“No oyes hablar los muertos” es, tal vez, la primera pregunta que asalta después del deslumbramiento ocasionado por la lectura de la novela de Juan Rulfo, Pedro Páramo. ¿Pero qué tendrá esta novela que la hace superior a cualquier otra? En primer lugar, la seducción que trasluce su escritura deja al lector anonadado, tocado en el alma, inmensamente feliz de su condición lectora. Pocos libros disfrutan de ese toque mágico. Si hubiera que dar una definición ejemplar de la novela moderna bastaría con mostrar las escasas páginas en que habita este desasistido mundo de muertos que se creen vivos, de vivos que se saben muertos. La literatura es territorio de difuntos. Escribir no es más que dialogar con muertos o escuchar como ellos conversan entre sí desenterrando las palabras. Intercambiando ecos, murmullos y silencios. Así son también las palabras de este viaje, de un viaje a través de la novela, de un viaje a la novela, este viaje iniciático del narrador Juan Preciado a Comala, el pueblo de sus padres. Un pueblo de difuntos.

Juan Rulfo era uno de esos escritores que decía escribir a partir del desconocimiento. Perdido en el mundo como un huérfano, el escritor busca en las palabras la voz de sus muertos familiares, el discurso verdadero del silencio. Decía: “Ya no se le exige al novelista “vivir” la vida, sino mirar lo que hay donde no se puede ver con los ojos, intuir más que sentir, conocer más que saber”. Este es también el aliento anímico del viajante Juan Preciado. Va a Comala porque allí le han dicho vive su padre. “Me acordé de lo que había dicho mi madre: “Allá me oirás mejor. Estaré más cerca de tí. Encontrarás más cercana la voz de mis recuerdos que la de mi muerte, si es que alguna vez la muerte ha tenido alguna voz”. El narrador camina en busca de alguien que no existe. También, para Deleuze, novelar es inventar un pueblo que no existe.

¿Y qué es Comala? Un poblado construido de palabras. Un desierto de rumores. Un cementerio de ecos. Juan Rulfo comentó que, en efecto, siendo joven viajó hacia el pueblo de sus padres y lo encontró deshabitado, completamente muerto. Probablemente este fue uno de los desencadenantes del libro. Dar vida y forma a lo más próximo y por tanto más desconocido. Pero yo quiero ver en Comala algo más que el cielo dantesco con el cual ha sido comparado. Comala puede ser, además, el país de la novela. Todo consiste en morir. Y escribir también consiste en morir. Si la escritura es uno de los caminos de la eternidad, la novela pasa a ser el país de la ilusión y los recuerdos. La novela o Comala donde “el aire cambia el color de las cosas; donde se ventila la vida como si fuera un murmullo; como si fuera un puro murmullo de la vida.” La novela o Comala también como paisaje cadáver, territorio condenado a la desaparición. La historia de Pedro Páramo contiene varios argumentos, no se sabe quien habla, los personajes son voces, o símbolos de cosas, las frases son quejidos o vacíos poéticos. Al comienzo del libro, el lector acompaña al narrador que cuenta su viaje a la novela de Comala pero andadas unas páginas, desaparece el narrador y lector se queda solo. Mejor dicho: el lector pasa a ser una voz de este país de vivos muertos. El lector usurpa su lugar al narrador Juan Preciado (otro vivo-muerto) y se queda en el lugar peligroso y emocionante de la historia. El lector es entonces quien parece escribir las voces de

estos muertos. Hasta el momento de su desaparición, Juan Preciado, el narrador (el último hijo de Comala, el autor muerto) es en esta historia el único personaje ilusionado con llegar a ese pueblo feliz donde vive, o piensa que vive, un mundo esperanzado. Cuando Preciado llega a Comala y comprende que el mundo que esperaba no existe. Esta desilusión lo lleva a la muerte. Muere porque su ilusión es Comala y Comala ha muerto. El narrador se queda solo porque la novela ha muerto.

También Pedro Paramo, personaje central en la novela, es el eterno desilusionado. La ilusión de Pedro Paramo es su amor por Susana San Juan. Este amor silencioso y esperanzado es otra de las claves importantes de la novela. Porque Pedro Paramo es una novela de amor. De vida y muerte. De grandes pasiones mudas. Susana San Juan, la desenterradora de cadáveres, simboliza la mujer ideal, la que se tiene y no se tiene. Representa el ideal que tiene todo hombre de esa mujer que piensa encontrar alguna vez en su vida. Y cuando la encuentra, ya está loca. Porque las mujeres de la novela viven todas aisladas, con el alma en la frontera, entre muertos, "Esperé treinta años a que regresaras, Susana. Esperé a tenerlo todo. No solamente algo, sino todo lo que se pudiera conseguir de modo que no nos quedara ningún deseo, sólo el tuyo, el deseo de tí". Pero como Susana ha muerto o está loca, este sueño de amor se queda en puro sueño. Irrealizable y por lo mismo más intenso. Susana San Juan es la novela muerta de Pedro Paramo. Un Comala irrealizado. Una mujer novela.

Juan Rulfo decía que era partidario de libros pequeños y de dar pocas explicaciones en sus libros. Dijo que fue tirando todas las explicaciones de la novela que era muy gruesa hasta dejar los párrafos colgados de unos hilos. Quería que el lector cooperara en su lectura. Por eso de Pedro Paramo se ha dicho que es una novela de silencios. Como en las mejores novelas, y en esta en especial, lo que no se dice es tan importante como lo que se dice. El lector inocente se confunde: ¿donde está el hilo?, puede llegar a preguntarse. El lenguaje simple en apariencia refleja la angustia universal de su precursor Kafka. La forma revolucionaria y altamente poética de su estilo supera o iguala las técnicas narrativas joyceanas. García Márquez, conmovido por esa novela a la que, por otra parte, debe tanto, la comparó a *La metamorfosis*. Carlos Fuentes ha sabido ver en ella certeras e inteligentes semejanzas con *Cumbres borrascosas* de Emily Brontë. A mi me gusta encontrar similitudes con otra novela fundacional, famosa, irreplicable: *Las olas* de Virginia Woolf. Novelas todas ellas en las que los silencios buscan desesperadamente las palabras.